

4^a

EDICIÓN

LA

ETNOGRAFÍA

MÉTODO, CAMPO Y REFLEXIVIDAD

ROSANA GUBER

⊗

×

✓

×

⊗

Índice

[Tapa](#)

[Índice](#)

[Colección](#)

[Portada](#)

[Copyright](#)

[Dedicatoria](#)

[Prólogo a la segunda edición](#)

[Introducción](#)

[1. Una breve historia del trabajo de campo etnográfico](#)

[Los prolegómenos](#)

[La etnografía antropológica y sociológica en los Estados Unidos](#)

[El exotismo de la natividad](#)

[2. El trabajo de campo: un marco reflexivo para la interpretación de las técnicas](#)

[Positivismo y naturalismo](#)

[El descubrimiento etnometodológico de la reflexividad](#)

[Trabajo de campo y reflexividad](#)

[3. La observación participante](#)

[Los dos factores de la ecuación](#)

[Observar versus participar](#)
[Participar para observar](#)
[Observar para participar](#)
[Involucramiento versus separación](#)

[Una mirada reflexiva de la observación participante](#)

[Participación: los dos polos de la reflexividad](#)

[La participación nativa](#)

4. La entrevista etnográfica, o el arte de la “no directividad”

[Dos miradas sobre la entrevista](#)

[Límites y supuestos de la no directividad](#)

[La entrevista en la dinámica general de la investigación](#)

[Descubrir las preguntas](#)
[Focalizar y profundizar: segunda apertura](#)

[La entrevista en la dinámica particular del encuentro](#)

[El contexto de entrevista](#)
[Los ritmos del encuentro](#)

5. El registro: medios técnicos e información sobre el proceso de campo

[Formas de registro](#)

[¿Qué se registra?](#)

[Lo que observa, lo que oye](#)

6. El investigador en el campo

[Un incidente de campo](#)

[La persona del investigador](#)

[Las emociones](#)

[La investigadora, el género y la mujer](#)

[La naturalización de lo foráneo](#)

7. El método etnográfico en el texto

[La lógica interna de la etnografía](#)

[El trabajo de campo en el producto textual](#)

Bibliografía sobre trabajo de campo

interacción, como el lenguaje constituye la realidad. El investigador se convierte, entonces, en el principal instrumento de investigación y producción de conocimientos (Heritage, 1991: 18; C. Briggs, 1986). Veamos ahora cómo se aplica esta perspectiva al trabajo de campo etnográfico.

Trabajo de campo y reflexividad

La literatura antropológica sobre trabajo de campo ha desarrollado desde la década de 1980 el concepto de reflexividad como equivalente a la conciencia del investigador sobre su persona y sus condicionamientos sociales y políticos. Género, edad, pertenencia étnica, clase social y afiliación política suelen reconocerse como parte del proceso de conocimiento *vis-à-vis* los pobladores o informantes. Sin embargo, otras dos dimensiones modelan la producción de conocimiento del investigador. En *Una invitación a la sociología reflexiva*, Pierre Bourdieu agrega, en primer lugar, la posición del analista en el campo científico o académico (Bourdieu y Wacquant, 1992: 69). El supuesto dominante de este campo es su pretensión de autonomía, pese a que se trata de un espacio social y político. La segunda dimensión atañe al “epistemocentrismo”, que refiere a las “determinaciones inherentes a la postura intelectual misma. La tendencia teoricista o intelectualista consiste en olvidarse de inscribir, en la teoría que construimos del mundo social, el hecho de que es el producto de una mirada teórica, un ‘ojo contemplativo’” (Bourdieu y Wacquant, 1992: 69). El investigador se enfrenta a su objeto de conocimiento como si fuera un espectáculo, y no desde la lógica práctica de sus actores (Bourdieu y Wacquant, 1992). Estas tres dimensiones del concepto de reflexividad, y no sólo la primera, intervienen en el trabajo de campo en una articulación particular y también variable. Veremos a continuación algunos principios generales, para detenernos luego en aspectos más detallados de esta relación.

Si los datos de campo no provienen de los hechos sino de la relación entre el investigador y los sujetos de estudio, podría inferirse que el único conocimiento posible está encerrado en esta relación. Pero esto es sólo parcialmente cierto. Para que el investigador pueda describir la vida social que estudia incorporando la perspectiva de sus miembros, es necesario someter a un continuo análisis –algunos dirían “vigilancia”– las tres dimensiones de la reflexividad que están permanentemente en juego en el trabajo de campo: la reflexividad del investigador en tanto miembro de una sociedad o cultura; la reflexividad del investigador en tanto investigador, con su perspectiva teórica, sus interlocutores académicos, sus *habitus* disciplinarios y su epistemocentrismo; y las reflexividades de la población que estudia.

La reflexividad de la población opera en su vida cotidiana y es, en definitiva, el

objeto de conocimiento del investigador. Pero éste carga además con otras dos reflexividades alternativa y conjuntamente.

Dado que el trabajo de campo es un segmento diferenciado espacial y temporalmente del resto de la investigación, el investigador cree asistir al mundo social que va a estudiar equipado solamente con sus métodos y sus conceptos. Pero el etnógrafo, tarde o temprano, se sumerge en una cotidianidad que lo interpela como miembro, sin demasiada atención a sus dotes científicas. En la medida en que convive con los pobladores y participa en distintas instancias de sus vidas, se transforma funcional, y no literalmente, en “uno más”. Pero los términos en los que los pobladores interpretarán esta membresía pueden diferir de los del investigador, en la medida en que éste persigue un objetivo científico y a la vez pertenece a otra sociedad.

Dirimir esta cuestión resulta crucial para aprehender el mundo social que se estudia, ya que se trata de reflexividades diversas que generan distintos contextos y realidades. Esto es: la reflexividad del investigador en tanto miembro de una sociedad X produce un contexto que no es igual al que produce como miembro del campo académico, y el que producen los nativos cuando él está presente es, a su vez, diferente del que se genera cuando no lo está. El investigador puede predefinir un campo de estudio según sus intereses teóricos o su sentido común, “la villa”, “la aldea”, pero el sentido último del campo estará dado por la reflexividad de los nativos. Esta lógica se aplica incluso cuando el investigador pertenece al mismo grupo o sector que sus informantes, porque sus intereses como investigador difieren de los intereses prácticos de sus interlocutores.

El desafío es, entonces, transitar de la reflexividad propia a la de los nativos. ¿Cómo? Al principio, no existe entre ellos reciprocidad de sentido con respecto a sus acciones y nociones (Holy y Stuchlik, 1983: 119). Ninguno puede descifrar cabalmente los movimientos, elucubraciones, preguntas y verbalizaciones del otro. El investigador se encuentra con dos órdenes: uno corresponde a las conductas y a las afirmaciones inexplicables que pertenecen al mundo social y cultural propio de los sujetos, ya sean prácticas incomprensibles, conductas “sin sentido” o respuestas “incongruentes” a sus preguntas; el otro corresponde a conductas y afirmaciones que surgen y se desarrollan en la situación de campo propiamente dicha. Del primer orden se ha ocupado clásicamente la investigación social; el segundo emergió como inquietud de la disciplina recién en los años ochenta. Al producirse el encuentro en el campo, la reflexividad del investigador se pone en relación con la de los individuos que, a partir de entonces, se transforman en sujetos de estudio y, eventualmente, en informantes. Entonces la reflexividad de ambos en la interacción adopta, sobre todo en esta primera etapa, la forma de la perplejidad.

El investigador no alcanza a dilucidar el sentido de las respuestas que recibe ni las reacciones que despierta su presencia; se siente incomprendido, le parece que molesta y, frecuentemente, no sabe qué decir ni preguntar. Los pobladores, por su parte, no saben qué busca realmente el investigador cuando se instala en el vecindario, conversa con la gente, frecuenta a algunas familias. No pueden remitir a

un universo significativo común las preguntas que aquél les formula. Estos desencuentros se plantean, en las primeras instancias del trabajo de campo, como “inconvenientes” que suscita la presentación del investigador, como “obstáculos” o dificultades de acceso a los informantes, y dan lugar a diversos intentos de superar sus prevenciones y lograr la aceptación o una relación de *rapport* o empatía con ellos. En este marasmo de “malentendidos”, el investigador empieza a aplicar sus técnicas de recolección de datos. Pero detengámonos en el acceso.

Ante estas perplejidades expresadas en rotundas negativas, gestos de desconfianza y postergación de encuentros, el investigador ensaya varias interpretaciones. La más común es creer que el “malentendido” se debe a la falta de información de los pobladores, a su escasa familiaridad con la investigación científica. La forma de subsanar este inconveniente es explicar “más claramente” sus propósitos para mitigar los temores que pudieran haberse suscitado. Si esta táctica no da resultados, el investigador probablemente se consuele pensando que tarde o temprano los nativos se acostumbrarán a su presencia como “un mal necesario”. Pero esta situación presenta tres limitaciones: la más evidente es que los “nativos” cada vez se “acostumbran” menos y establecen nuevas reglas de reciprocidad para permitir el acceso de extraños; la segunda es que los códigos de ética académicos son bastante rigurosos a fin de preservar a los sujetos sociales de intrusiones no deseadas o que la población pueda considerar perjudiciales. La tercera limitación –la más sutil y, sin embargo, la más problemática– consiste en que, aun cuando los nativos se acostumbren al investigador, ni éste ni probablemente ellos sepan jamás por qué.

Esta caja negra opera en el trabajo de campo propiamente dicho, pero también deja sus huellas en la interpretación de la información obtenida en un contexto mutuamente ininteligible. Si la reflexividad de su práctica de campo no ha sido esclarecida, el investigador puede forzar los datos para adaptarlos a sus modelos clasificatorios y explicativos. En este caso, su enfoque le imposibilitará escuchar más de lo que cree que oye. “La información obtenida en situación unilateral es más significativa con respecto a las categorías y las representaciones contenidas en el dispositivo de captación, que a la representación del universo investigado” (Thiollent, 1982: 24). La unilateralidad consiste en acceder al referente empírico siguiendo acríticamente las pautas del modelo teórico o de sentido común del investigador y abandonando en el camino los sentidos propios o la reflexividad específica de ese mundo social.

¿Para qué el campo? Es aquí donde modelos teóricos, políticos, culturales y sociales se confrontan inmediatamente –se advierta o no– con los de los actores. La legitimidad de “estar allí” no proviene de una autoridad de experto ante legos ignorantes, como suele creerse, sino de que sólo “estando allí” es posible realizar el tránsito de la reflexividad del investigador en tanto miembro de otra sociedad, a la reflexividad de los pobladores. Este tránsito, sin embargo, no es ni progresivo ni secuencial. El investigador sabrá más de sí mismo después de haberse puesto en relación con los pobladores, precisamente porque al principio sólo puede pensar, orientarse hacia los demás y formularse preguntas desde sus propios esquemas. En

el trabajo de campo, en cambio, aprende a hacerlo *vis-à-vis* otros marcos de referencia, con los cuales necesariamente se compara.

En suma, la reflexividad inherente al trabajo de campo consiste en el proceso de interacción, diferenciación y reciprocidad entre la reflexividad del sujeto cognoscente –sentido común, teoría, modelos explicativos– y la de los actores o sujetos/objetos de investigación. Es esto, precisamente, lo que advierte Peirano cuando señala que el conocimiento se revela no “al” investigador sino “en” el investigador, quien debe comparecer en el campo, reaprenderse y reaprender el mundo desde otra perspectiva. Por eso el trabajo de campo es prolongado y suele equipararse a una “resocialización”, con sus inevitables contratiempos, destiempos y pérdidas de tiempo. Tal es la metáfora del pasaje de un menor, un aprendiz, un inexperto, al lugar de adulto... en términos nativos (Adler y Adler, 1987; Agar, 1980; Hatfield, 1973).

En los próximos dos capítulos analizaremos de qué modo lo que la literatura académica ha calificado como “técnicas de recolección de datos” permite efectuar este pasaje hacia la comunicación entre distintas reflexividades, y en el capítulo 5 veremos qué aspectos de la persona del investigador se ven transformados cuando atraviesa ese pasaje.